

Diario de la hamaca paraguaya  
Lila Zemborain

Mecerse en el litoral. Una red diaria de pesca en fibras anudadas. La hamaca paraguaya. Allí donde Lila Zemborain habla en otro acento, hace perder en el movimiento de la escritura historias condensadas en fundaciones. Geologías que ahora navegan en el barco inmóvil de un columpio que no revela ningún pasado; desordena, deforma la gramática de esa lengua que las naciones familiares normalizan.

“genética que uno mismo crea, mutación de la especie en las propias irisdiscencias, allí debajo de las olas, en la pasión, o el miedo”

Lila escribe el miedo. El miedo de la palabra traición a ese vaivén que dice: la escritura es mía, como si dijera mío es el cuerpo. Una imaginación radical disuelve propiedad y dominio, inventa una nueva forma de desdejar la pertenencia. Porque una lengua no pertenece, porque no se la posee. Suceden injertos, desvíos, erupciones en el lenguaje, islotes de realidad, moradas frágiles. Sobre el fondo: elementos heterogéneos de un pasaje, relato íntimo de una especie de exilio donde el regreso pierde su momento de quietud, y se hamaca. No es el lugar de la lírica pampeana sino un espacio en la diáspora de las lenguas incrustado en un balanceo que no sueña con el océano, con ese plancton de identidades argentinizadas. Lentas metamorfosis hechas de tejidos, de cuidados como una vuelta al desarraigo.

Si “entrar al corazón es la consigna del miedo” “todo dependerá de la posición” en que el laurel, como una enredadera venenosa agite la extensión del cuerpo a quien corona.

Apolo y Dafne, fronteras como estrategias marginales. Un hombre en su lujuria con ánimo de violar y ella, que ya no se le opone, se convierte en otra cosa. Árbol. Ella que odiaba las antorchas conyugales como un crimen, había cubierto su bello rostro de pudoroso rubor. Huyó la hija del Peneo, dice Ovidio en sus Metamorfosis, huyó con temerosa carrera y también así se la veía hermosa, el viento desnudaba su cuerpo y su hermosura se veía aumentada con la huida.

Lila escribe el miedo, pero también la huida. Su blando pecho es rodeado de fina corteza, sus cabellos crecen como hojas, sus brazos como ramas. Esta es la casa, esta es la mansión, este es el santuario del gran río, continúa Ovidio, se reúnen allí los ríos indígenas sin saber si felicitar o consolar al padre.

Su cuerpo, cada cuerpo, transformándose en contra de lo que es potencialmente necesario corregir, contra los actos domesticadores, sin ninguna reordenación ideológica, política o genérica. Diversamente deseante, el árbol, ficción performativa, ficción somática fuera de los entrenamientos, colocado al límite de las subjetividades empoderadas.

“Todas las formas vivas son monstruos normalizados” dice Canguilhem. Y Lila Zemborain utiliza la gramática de la hamaca para desarreglar los flujos del paladar, así la lengua saliéndose de su matría no asola en metáforas del país, se dirige hacia adentro, tierra adentro, dando las espaldas al río para guardar esa memoria de lo que se perdió preservando la variable disarmónica: que fuera paraguaya esa hamaca en los ecos de la guerra Guasú y su ruina provocadora de orfandades. Lo paraguayo como lo esencialmente migratorio, una textualidad que hace de la desidentificación un lugar. El elemento vegetal, la naturaleza humanizada, el árbol, lugar de serenidad y acecho:

“Nunca en la Argentina hubo que protegerse”...cerca ya de la hamaca una lucidez observa lo que amenaza “acecha entonces el miedo en esta civilización de ratas muertas debajo de las bolsas de basura”.

Así el texto también es una política, inscribe su estética cronística como forma de precisar el problema de la heterogeneidad del sujeto literario. Elaboración constante de un arte poética donde el sujeto avanza sobre el dominio de lo público para convertir el exterior en escenario donde el “interior poético” se despliega como discurso. El texto es el relato de un viaje en búsqueda de un eclipse, la poeta trabaja contra la simplicidad desde la simplicidad. Saber del miedo en ella no es sostener el gemido de la angustia. El temor no se presenta en el manierismo de la crueldad. Ese temor opera un devenir Dafne rompiendo cualquier cadena que pudiera desembocar en el terror. Ésa es la inscripción política del diario, ni la resignación, ni el dolor, ni la beatitud religiosa ante lo que atemoriza. En su lugar, el mito pagano de la ninfa. La belleza radica en esa mirada de la autora que recurre al collage, al fotomontaje de impresiones, de apuntes o de instantáneas como polaroids.

“Deseo resolver una pulsión y esta pulsión se llama Dafne, y tal vez mi propia transformación, al concebir la naturaleza desde una percepción fluida y no aterrorizada”

Pensar la lengua en términos de luz donde no sólo hablan las aguas y los animales, sino también los árboles. La hamaca que se adjetiva paraguaya no hace referencia a un gentilicio, nombra la voz como quien pronuncia árbol o cedro que, en guaraní, literalmente significa el fluir de la palabra.

Ser Dafne, árbol que suscita la pasión fuera del teatro del sexo, fuera de la adecuación a la que conducen las prácticas de generación y de patria. Allí donde la autora sube su pie al tejido, la tierra se desfonda. Allí los personajes madre, Lorenzo, Ceci, o Astutti son bifurcaciones de un tiempo no pulsado, diríamos un ritornello, un desprendimiento de algo del cuerpo para componer un domicilio.

Escribir Dafne, anunciar: mi cuerpo es mío, mi cuerpo hecho árbol. Devenir excéntrico. Seguir la contracción que ponga en duda lo propio, donde lo erótico se produzca en ese límite escurridizo, en ramas. En palabras de Zemborain:

“la metamorfosis viviente de lo propio y lo ajeno, heredado en su travesía hacia el destino”

Y el destino es un alumbramiento entre aguas vivas. Llegar nadando a la orilla, frotarse el veneno con la arena. Salirse de la estirpe, del terror. No habitar ninguna casa. Hamacarse. No la venta o el robo de una cultura, esa “carne sazónada del linaje”. Agitar en el movimiento la sensación que languidece y no vuelve a su origen. Tomar impulso, abandonar la lengua de crianza. ¿Cuántos grados de movimiento imprimen los afectos para decirse péname, pésame? Rumiar. Irse por las ramas. Dafne o Zemborain, en un jardín de incesante modulación aligera todo lo que vive en nosotros, sus Apolos- lectores.

Ana Arzoumanian